





LA HISTORIA  
DE LUIS SALAZAR  
EL COMIENZO



Julio J. Miranda

LA HISTORIA  
DE LUIS SALAZAR  
EL COMIENZO



Primera edición: noviembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julio J. Miranda

ISBN: 978-84-18544-50-7

ISBN digital: 978-84-18544-51-4

Depósito legal: M-28477-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Cuando escribí esta obra alguien invisible  
se sentó a mi lado susurrándome constantemente:  
«Toda gran historia tiene su parte de verdad».*



# Capítulo 1

*24 de febrero 2017, 11:30*

De repente, sus ojos se abrieron dando por finalizado ese último sueño, ¿o tal vez debería decir pesadilla? Empapado en sudor, poco a poco, fue nuevamente tomando conciencia de quién era y de dónde se encontraba. Empezó reconociendo la lámpara, inconfundible donde las haya: acristalada y con ese casquillo de forma apelinada; después giró su cabeza hacia la izquierda y se topó con el armario: grande y de una sola pieza, en él guardaba sus preciadas camisas. Algo más espabilado movió su cabeza hacia el lado contrario, en donde unas cortinas color blanco amarillento con estampados de flores reflejaban una luminosidad que se colaba entre las rendijas de la persiana. Se incorporó quedando sentado en la cama, aún con los ojos entreabiertos, observándose en el espejo de la cómoda que había justo en frente de él. Su cara era todo un poema.

Los estragos de la noche anterior se remarcaban incipientes en su cara y los intentos de crear una pequeña composición de recuerdos de lo ocurrido eran derribados por unos pinchazos y dolores en su cabeza. Diagnóstico: tolerancia media tirando a baja en consumo de alcohol y una excesiva ingenuidad en lo referente a las fiestas de «alta sociedad», en donde celebridades del mundo del arte y la cultura se reúnen para confraternizar y acercar posturas, todo esto sin saber que un aspirante a cuarentón terminará «subiendo a gatas la escalera de su piso con una risita etílica ya

que no es capaz de encontrar la llave que encaja en la puerta de su domicilio».

¡Vaya! Ya empezaba a recordar cosas... Finalmente, se levanta de la cama y se dirige al cuarto de baño en donde la ducha le aguarda.

Casi una hora después, duchado y acicalado, sale del baño en dirección a la cocina para realizar uno de sus rituales favoritos: «el desayuno». De forma casi meditativa: prepara el café dejándolo calentar en el fuego y habiendo preparado previamente las tostadas se dirige a la puerta de entrada y distingue tres revistas, un periódico y dos cartas que asoman tímidamente por el burlete de debajo de la puerta. Andrés, como siempre servicial y puntual, había cumplido uno de los muchos cometidos que le tenía encargado: subirle el correo. Recogió las revistas, el periódico y las cartas, a estas últimas sin hacerles demasiado caso, y las dejó en un pequeño cesto a la entrada. Miró las revistas y el periódico sonriendo y escuchó un silbido que procedía de la cocina.

—¡Hostias! El café.

Salió corriendo hacia la cocina y como un rayo quitó el café del fuego; lo sirvió en una taza que posteriormente dejó en su sitio habitual del desayuno, junto con un par de tostadas. Se sentó, se colocó una especie de babero en las piernas y dio el primer sorbo al café...

—Mmm, ¡qué rico!

Ese café, supuestamente de Colombia, lo transportaba a otra dimensión. No sabía cómo Andrés se las arreglaba siempre para poder regalarle ese tipo de cosas.

Después de salir de su ensimismamiento y dar el primer mordisco a las tostadas, se sentía como un hombre nuevo. Les quitó el plástico a las revistas y observó las portadas encima de la mesa. Sus tres revistas favoritas: «de investigación, ciencia y nuevas tecnologías» poseían portadas sumamente interesantes, pero hoy lo que le importaba era el periódico. Buscó rápidamente en la sección de cultura, que por regla general se encontraba en la página 69. De

forma automática fue enumerando mentalmente las hojas que iba pasando: «39, 43, 48, 55, 59, 64, 72».

—¡Mierda me pasé! ¡Aquí pág. 69!

Con un rápido vistazo supo que había encontrado lo que buscaba. Una extensa entrevista a Luis Salazar. El título rezaba lo siguiente: *Luis Salazar reconocido y aclamado escritor*. Recalibró su mirada unos milímetros más abajo y comenzó a leer:

«Hoy tenemos la inmensa fortuna de poder entrevistar a uno de los escritores que, a golpe de investigación, imaginación e inventiva, está cautivando con sus libros a todo aquel que lo lee. Críticos, celebridades, y personas de toda índole colman de elogios la expresividad y creatividad de este gran autor que no frena en su acumulación de grandes éxitos. Libros como: *Todo sobre mí*, *Desde los ojos de un niño* o *Curiosidades*, ocupan un lugar insustituible en el corazón de millones de personas, al igual que su último libro: *Te recuerdo*, que no deja lugar a dudas como número uno en ventas con tan solo una semana desde su publicación. *Te recuerdo*, realizará una presentación multitudinaria en el *Círculo* de Bellas Artes en Madrid el día 24 de febrero a las 19:30. Como ya sabrán hablamos de Luis Salazar...»

—Luis Salazar... —repitió en voz baja.

No terminaba de acostumbrarse a escuchar su nombre como un referente. Y una pequeña sonrisa de ilusión, acompañada de una honda inspiración emergieron de lo más profundo de su ser y mientras se perdía en sus pensamientos sin forma, le vino a la cabeza un pequeño extracto de lo que acababa de leer. «*Te recuerdo*, realizará una presentación multitudinaria en el <sup>1</sup>Círculo de Bellas Artes en Madrid el día 24 de febrero a las 19:30...». Extrañándose, sin saber por qué esos párrafos se habían mezclado con sus pensamientos de júbilo, y con una rara sensación de que algo se le olvidaba. Sacó el móvil del bolsillo y lo encendió mirando la pantalla de inicio. Todo correcto: los botoncitos del desbloqueo, la hora, el

---

1. Entidad cultural privada sin ánimo de lucro, con sede en la madrileña calle de Alcalá, en España.

día..., el día..., y frunciendo el ceño, entornó los ojos como si algo quisiera decirle esa fecha, «24 de febrero...». Poco a poco sus ojos empezaron a abrirse más y más hasta límites insospechados, y con los ojos y la cara de un búho grito en voz alta:

—¡Dios, la presentación es hoy!

De un salto que casi tira la mesa, empezó a recordar todo lo que le quedaba por hacer y el poco tiempo que tenía. Preparar la ropa que se iba a poner, pensar en el pequeño discurso de explicación sobre el libro, llamar a la editorial antes de la 13:00 para la confirmación del coche que le llevaría al Círculo de Bellas Artes...

—¿Antes de las 13:00? ¿Qué hora es? ¡Ahh! Las 12:50... —desbloqueó el teléfono y buscó en contactos el número de la editorial y con gran énfasis presionó el botón de llamada. Una mujer le descolgó el teléfono al otro lado.

—¡Hola, soy Claudia! Está hablando con la editorial Deseos, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola Claudia, soy Luis Salazar. Verás Enrique Gutiérrez, jefe de la editorial, me dijo que tenía que llamaros antes de la 13:00 para confirmaros lo del transporte que me enviaríais para llevarme al Círculo de Bellas Artes de Madrid; para la presentación de mi nuevo libro.

—¡Oh sí, por supuesto señor Salazar! Don Enrique nos avisó, pero su asistente personal ya confirmó lo del transporte hace un par de horas.

—¿Mi asistente personal? Yo no tengo asistente personal.

—Oh, pues ha debido de haber un error señor Salazar... ¿Quiere que anule entonces lo del transporte?

—No, no, no. Sí quiero el transporte. Envíelo a la calle Hermanos del Moral número 26, a General Ricardos.

—Pero señor Salazar, su asistente personal nos dijo que lo enviáramos a la Avenida de Valladolid, en el restaurante «El Asador», para que justamente después de terminar la comida con el señor Peter Garry pudiera asistir a tiempo a la presentación.

—Me habías dicho que te llamabas Claudia, ¿no? Bien señorita Claudia, la repito que no tengo asistente personal y yo no he

quedado hoy para comer en ningún restaurante con ese tal Peter Ga...

Otra vez la cara y los ojos de búho... «¡Peter Garry! ¡El publicista más importante de EE.UU y parte de Latinoamérica!». Pensó para sí. Había conocido a Peter Garry la noche anterior en aquella fiesta de sociedad. Peter y su mujer eran fans suyos y habían leído todos sus libros desde que encontraron el primero en uno de sus muchos viajes por España y Europa. Los libros del popular Luis Salazar eran famosos en España, Francia, Italia y Reino Unido, pero aún no habían dado el gran salto a Estados Unidos y Latinoamérica. Peter Garry y su no menos influyente mujer: Morgán, se habían ofrecido gustosamente a ayudarle, sentando las bases en aquella comida, siempre de la mano de su editorial por supuesto. Una oportunidad que no podía dejar escapar.

Miró nuevamente el reloj de su móvil (13: 01), y recordó que Peter había hablado de quedar sobre las 14:00 en aquel restaurante llamado «El Asador».

«¡Maldita sea! No me va a dar tiempo», pensó con rapidez.

—Perdón señor Salazar ¿Sigue ahí?

—¡Ah! Sí, sí, sigo aquí ...

—¿Qué quiere que hagamos entonces? ¿Se lo enviamos a la Avenida Valladolid al restaurante o prefiere que se lo enviemos a la calle Hermanos del Moral número 26?

—Mejor déjelo como estaba. Sí, envíelo al restaurante.

—Su asistente personal nos dijo que el coche debía estar sobre las 17:30 para que le diera tiempo a prepararse una vez llegase al evento. ¿Quiere cambiar la hora?

—¡Y dale con el asistente!

—¿Perdón?

—No nada. Sí, esa es muy buena hora, a las 17:30 está bien.

—De acuerdo entonces, 17:30 en la Avd. Valladolid restaurante El Asador. ¿Tiene alguna otra consulta señor Salazar?

—No gracias, muy amable.

—Que pase un buen día señor Salazar.

—Muchas gracias.

Colgó el teléfono y se quedó con un amargo sabor de boca, volviendo a mirar la hora, 13:07.

—¡Dios no voy a llegar!

Pensó en todo el recorrido que tenía que hacer, las paradas de metro que había hasta llegar a su destino y se le antojó misión imposible. En ese preciso momento, cuando sus nervios empezaban a relucir, sonó el timbre de la puerta acompañado de tres golpecitos que le resultaron familiares.

Caminó con paso firme hacia la puerta y como un resorte la abrió. Un joven de unos 25 años, moreno, con una sonrisa de oreja a oreja, gesticulaba con la palma de la mano derecha abierta al grito de:

—¡Hola, buenos días señor Salazar! ¿Qué tal se encuentra hoy? Menuda juerga la de anoche ¿eh? —en ese momento a Luis le vino a la cabeza la conversación que acababa de tener por teléfono con la chica de la editorial Deseos y el misterioso «asistente personal» que había hablado en su nombre.

Luis entornó los ojos y cayó en la cuenta de que no podía tratarse de otra persona que: ¡Andrés Huerta! El muchacho que tenía enfrente, su vecino del piso de abajo, fan incondicional de su persona y una especie de becario a tiempo completo. Sin cobrar, todo lo que hacía era por pura admiración. Luis, debido a la insistencia de Andrés por ayudarlo y ser su sombra día y noche, le encargaba pequeños trabajos engorrosos a modo de desahogo. Andrés algo ingenuo pero tenaz, le encantaba poder ayudar a su ídolo, al que a veces traía pequeños obsequios como el café de Colombia.

—Hola Andrés buenos días... —dijo con voz monótona—.¿A qué juerga te refieres?

—¡Vamos señor Salazar no se corte ahora conmigo! —sonrió mientras traspasaba el umbral de la puerta con decisión—. Ayer por la noche, a eso de las 5:00, oí ruidos raros en la escalera, una mezcla entre pasos y golpes. Salí para ver quién era y me pareció escucharle a usted hablando y riéndose con alguien, aunque me

resultó raro porque no escuchaba a nadie más... Subí y le encontré arrodillado riéndose e intentando meter la llave del buzón en la cerradura de la puerta. Incluso me aconsejó que, si alguna vez un irlandés trajeado se me acercaba y me ofrecía tomar una copa y hablar de negocios, me negara. También me dijo que hoy tenía una comida con un tal Peter Garry. He buscado ese nombre y he podido ver que es un pez gordo, un publicista.

En ese momento, Luis iba a excusarse tras la bochornosa historia que Andrés le estaba narrando, cuando se centró en lo último que había dicho, la comida con Peter Garry y como por su mala cabeza no podría asistir a esa cita y aprovechar la oportunidad que tanto había esperado. Entonces, con voz de resignación sentenció cerrando la puerta:

—Si bueno, supongo que tendré que llamarles y disculparme diciendo que me ha sido imposible ir, cosa que no creo que se tomen muy bien.

—¿Cómo que no va a ir? ¿Pero por qué? Es la oportunidad que tanto estaba esperando: ¡América!

—Andrés son las 13:15. La comida es a las 14:00. ¿Me puedes decir cómo quieres que llegue a tiempo?

—Señor Salazar he subido para buscarle, lo tengo todo preparado. Tengo el coche abajo en marcha esperando para irnos, tardo media hora en llegar al restaurante lo he calculado por el navegador —Luis esbozó nuevamente esa característica cara de búho. Pero esta vez acompañada de una sonrisa. Y en ese momento, una pequeña chispa de aprecio a ese chaval lo inundó por completo, le había salvado.

Y con una mirada de profundo agradecimiento Luis dijo:

—¿Y qué hacemos parados aquí hablando? ¡Vámonos corre!

—Andrés expulsó una mueca de satisfacción y ambos salieron por la puerta. Este se giró al tiempo que Luis cerraba la puerta de su domicilio con su chaqueta en la mano.

—¡Casi se me olvida señor Salazar! Recordé que hoy tenía usted que llamar antes de la 13:00 a la editorial para la confirmación del

coche que le lleve al Círculo de Bellas Artes y me he tomado la libertad de llamarles y decirles que se lo envíen al restaurante.

Luis le miró levantando la ceja derecha y sentenció:

—Sí, algo me han comentado...

*24 de febrero 2017, 13:45*

Tal y como Andrés había prometido allí estaban, en la puerta del restaurante en media hora. Una vez más aquel muchacho lograba sorprenderle. A través de la ventanilla del coche Luis observó el lugar: bien situado y aparentemente elegante, un emplazamiento ideal para que una reunión de «negocios» se celebrara, sin fiestas, sin alcohol, solo una agradable y amena comida en donde dos fans le ayudarían en su carrera literaria en el otro continente, al menos eso pensaba.

—¿Qué le había dicho señor Salazar? ¡Como un reloj! Si es que me conozco Madrid al dedillo, tiene pinta de ser un buen sitio. ¿Le he contado alguna vez la historia del dueño de este restaurante? Es bastante famoso...

—Lo siento Andrés —le cortó rápidamente—. En otro momento de verdad. Gracias por traerme, me has sido de gran ayuda.

—¡Un placer como siempre señor Salazar! Estaré en la presentación del libro esta tarde, si necesita cualquier cosa llámeme.

—Gracias Andrés.

Y cerrando la puerta tras de sí se dispuso a recorrer los escasos 20 metros que le separaban de la puerta del restaurante, en donde Peter Garry y su mujer le esperaban.

Nervioso, aunque decidido, llegó rápido a las escaleras de la entrada, las cuales subió de dos en dos, y atravesó el umbral de la puerta del restaurante. Como Andrés había puntualizado con mucho acierto, el lugar tenía la percha de un sitio con clase: recibidor amplio con una alfombra grande y aterciopelada y las paredes de piedra maciza. Una segunda entrada destacaba como protagonista justo en frente, y a su lado un metro con una especie de esmoquín

negro y blanco con pajarita sonreía como si le hubieran grapado los pómulos. Se acercó velozmente hacia Luis y sin dejar de sonreír le dijo:

—¡Muy buenas! ¿El señor Salazar supongo?

—Mmm... Si soy yo —aseguró un poco sorprendido. Aquel «camarero» le ponía nervioso con aquella sonrisa tan pronunciada.

—Déjeme que le acompañe, el señor Garry le está esperando.

A Luis no se le pasó el comentario en singular del camarero, como si Peter Garry hubiera acudido solo. Tal vez fuera un simple tecnicismo, aunque le extrañaba, la señora Morgán no pasaba desapercibida.

Recorrieron un salón abarrotado de mesas y de personas, giraron en una esquina a la derecha. El restaurante parecía enorme. A punto estuvo de pedirle al camarero que aminorara la marcha. Pero finalmente, al fondo empezó a distinguir una silueta que le resultaba familiar. En una mesa apartada, destacando entre el resto, había un hombre de unos 60 años aproximadamente que leía un periódico con mucha atención, sus gafas de media luna le daban un toque intelectual. Y justo cuando llegaron a su altura el camarero se detuvo y carraspeó.

—¡Ejem! Su invitado ha llegado señor Garry —Peter Garry levantó la mirada centrándose despistadamente en el metre, pero enseguida se percató de la presencia de Luis y sonrió al tiempo que decía:

—¡Oh! ¡Hola muchacho! ¿Qué tal estás? —Garry se levantó y estrechó la mano, con fuerza, de Luis, que sintió la intensa presión y la aceptó con deportividad.

—Hola señor Garry, muy bien. ¿Y usted qué tal está? —el escritor ojeó rápidamente la mesa y comprobó que efectivamente la mujer de Garry no estaba.

—¡Nada de «señor Garry» muchacho! Por favor llámame Peter, los formalismos entre amigos sobran —el publicista miró al camarero y dijo— por favor Rafa, tómanos nota cuanto antes, tengo un hambre de mil demonios y supongo que el joven Luis también

—sentenció el hombre, mientras miraba a Luis y le sonreía guiñándole un ojo—. ¡Ah! Tráenos también un buen vino, ese que me enseñaste el otro día, ya sabes —el camarero asintió conforme y desapareció como un rayo.

—¡Sentémonos joven! A este zorro viejo le empiezan a doler las rodillas en cuanto está de pie más de la cuenta.

Ambos se sentaron uno en frente del otro. Luis estaba un poco nervioso, y no era para menos; pero Garry supo leer entre líneas y fue el primero en hablar rompiendo el hielo.

—¡Ah! Casi lo olvido, mi mujer no ha podido venir, le ha surgido un compromiso ineludible de última hora. Pero me ha pedido que te dé recuerdos y asegura que estará en primera fila para la presentación de esta tarde.

—¡No se preocupe señor Garry! No siempre se puede estar donde uno desea —puntualizó Luis con una sonrisa.

—¡Muy cierto muchacho! Pero por favor, de verdad, llámame Peter.

—Está bien señor Garr... ¡Peter!

—Eso es, no ha sido tan difícil, ¿no? —se rio al tiempo que le guiñaba un ojo.

En ese instante apareció de nuevo el *maitre* de la «sonrisa inquietante», que portaba dos cartas de comida bajo el brazo izquierdo y una botella de vino en la mano derecha, junto con un abridor. Les entregó las cartas a ambos y se dispuso a abrir la botella la cual descorchó con un sonoro *¡pup!* Sirviéndoles una succulenta copa de vino. El escritor mientras todo esto ocurría, aprovechó para fijarse con detalle en la apariencia de Peter Garry. Como él se había definido hace un momento, «Peter» parecía un «zorro viejo», curtido en mil batallas, lo cual se apreciaba en su forma de hablar, de expresarse y de moverse. Captaba a la primera todo tipo de ideas y sabía conducir la conversación para tenerte donde él quería. A pesar de todo esto era un tipo afable, carismático y con un gran sentido del humor. Su aspecto físico era inquietante. Por un lado, casi siempre vestía de traje con todo tipo de complementos: gemelos,

broches de corbata y algún que otro pañuelo en forma de pico en su americana. Sin embargo, su pelo, siempre alborotado y fino era atusado por su mano derecha a modo de manía. También destacar que siempre llevaba las mismas gafas de sol, y que solo se las quitaba en sitios públicos o charlas, sustituyéndolas por las gafas de media luna. Las de sol se parecían mucho a las típicas gafas de motero de bar de carretera, algo que resaltaba en su elegante vestimenta dándole un toque de inconformismo y de espíritu indomable.

El camarero terminó los últimos pasos del ritual de servir el vino dejando el corcho cerca de Garry y la botella en frente de ambos comensales, y sin decir ni una palabra se esfumó. Luis echó un primer vistazo a la carta de comida, interesado en lo que aquel elegante lugar podía ofrecerle. Entre innumerables platos de comida y combinaciones culinarias pudo apreciar un par de platos que le llamaban la atención. De primero tomaría «pasta con salmón», la cual le parecía una mezcla extraña pero llamativa y apetecible. De segundo probaría el plato número 16, que tenía por título «Res a la nueva Inglaterra». El escritor empezó a babear quedando sorprendido por el hambre que tenía. Sin darle más vueltas, cerró la carta de comida y su mirada se dio de bruces con los ojos de Garry, que se encontraban clavados en él, acompañados por una sonrisa.

El investigador observó que el hombre que tenía enfrente ni siquiera había abierto su carta de comida lo que le hizo pensar que este ya sabía lo que iba a tomar. Garry cogió el corcho acercándolo a su nariz para olerlo y sin dejar de mirarle y de sonreír finalmente dijo:

—¿Sabes ya lo que vas a tomar muchacho?

—Sí, aunque hay platos muy interesantes. Espero haber decidido bien —dijo Luis con una sonrisa.

—Seguro que sí, aquí todo está exquisito, aunque yo siempre que vengo tomo lo mismo, podría decirse que es mi plato preferido —puntualizó Garry soltando el corcho y tomando un sorbo de la copa de vino—. Mmm... Este vino esta delicioso, ¡Ves! Otra de mis cosas preferidas.

—¿Entiende de vinos señor... ¡Peter!?

—Por supuesto, más de lo que me gustaría admitir —dijo Garry soltando una pequeña risa—. El vino es todo un arte, no hay uno que se parezca a otro, con los años he podido apreciar que cada vino, si prestas atención, te cuenta su historia. Donde ha nacido, la infancia que ha tenido, las cosas que ha podido aprender, los lugares que ha visitado y como ha madurado o envejecido. El sabor que finalmente degustas en tu copa es la calidad y la virtud de toda una vida, el potencial que esas uvas llevaban en su interior. Podría decirse que eso mismo pasa con las personas —Garry volvió a sonreír, atravesándole con la mirada, como si pudiera leer el pensamiento tras esas gafas de media luna.

El escritor quedó asombrado con la exposición y la metáfora de Garry y aunque se sentía cómodo había una parte de él que estaba en guardia, como queriendo descifrar al enigmático publicista. De repente sin saber muy bien porqué Luis dijo:

—¿Y cómo degustas el potencial interno de una persona? —asombrado, no sabía por qué había formulado dicha pregunta, aunque Garry, cómodo y atento, parecía esperarla.

—Bueno, existen muchas maneras querido muchacho, particularmente yo prefiero métodos simples y directos. Por ejemplo, degusto el potencial interno de una persona a través de una buena conversación o a través de la mirada —sentenció Garry volviendo a giñar el ojo y esbozando una pícaro sonrisa—. Tú siendo escritor me entenderás mejor que nadie, trabajas con los sentimientos, con la expresión y el lenguaje, con la construcción de tus personajes. Tú, mi joven amigo, plasmas tu potencial en tus libros, en tus historias y cientos de personas te degustan cada día en sus vidas. Y entre tú y yo, eso es decir mucho —Otra vez esa mirada que lo perforaba.

Luis estaba desarmado ante semejante hombre. Desnudo sentimental e intelectualmente frente al poder de palabra de aquel «viejo zorro». Garry seguía mirándole como si estuviera esperando alguna clase de respuesta, pero Luis se sentía con la boca seca. Y

sin poder hilvanar un solo pensamiento o palabra bebió un sorbo de vino. Sin previo aviso el camarero se materializó al lado de Luis diciendo:

—¿Saben ya lo que van a tomar los señores? —Luis se asustó pegando un respingo en el asiento y sin poder apartar la mirada de aquella sonrisa perturbadoramente grande, asintió con la cabeza. Pero antes de articular palabra Garry se le adelantó.

—¡Sí, Rafa! Yo tomaré lo mismo de siempre, ya sabes —el camarero asintió con complicidad.

—¿Y usted señor Salazar que desea tomar? Si se encuentra indeciso puedo sugerirle...

—No gracias, se lo que voy a tomar —puntualizó Luis con decisión— de primero quiero «pasta con Salmón», y de segundo «Res a la nueva Inglaterra».

—¡Excelente elección señor Salazar! —comentó mientras le hacía un sutil gesto con la ceja derecha a Peter Garry y se marchaba.

Luis era un gran observador, faceta que reflejaba en sus libros con fidelidad, y gracias a este pequeño gran don, pudo observar ese «sutil gesto» con la ceja derecha que el camarero había brindado al señor Garry. Un gesto que se le antojó extraño, pero al que terminó por no darle mucha importancia. El publicista tomó un nuevo sorbo de vino acompañado de una risa ahogada. Después, planteó una pregunta sumamente extraña.

—¿Crees en las coincidencias muchacho? ¿O en la casualidad?

—Más bien creo en la «causalidad».

—Entiendo... Yo antes también pensaba igual, aunque con los años me resulta cada vez más difícil utilizar en la mayoría de los casos lo de «causa y efecto» —puntualizó Garry afablemente.

—¿Pero por qué lo pregunta?

—Bueno, como seguro habrás podido apreciar, soy un hombre bastante intuitivo y observador. Mi trabajo en la publicidad ha sabido pulir bien esa capacidad que desde bien pequeñito poseo. También intento ser una persona comprensible, en la medida que puedo, al igual que razonable y sincero. Con esto quiero decir

querido Luis que, desde hace algunos años, cuando uno de tus primeros libros cayó en mis manos aparentemente por casualidad o «causalidad», como tú dices, me interesé no solo por las magníficas historias que narras, si no por ti y tu mensaje —Luis estaba atónito con lo que oía. Garry prosiguió.

»En ellas reflejas un aspecto humano e intenso, una situación en la que las personas pueden, no solo leer, si no tocar, oler y sentir eso que tú les cuentas. Del mismo modo efectúas un cambio direccional en sus vidas, les haces ¡creer que todo es posible! Y eso es una capacidad que yo admiro. Y como publicista y persona experimentada te aseguro que el mundo necesita más gente como tú, personas con la capacidad, no solo de ofrecer una brillante idea y venderla al mejor postor, si no ser ellos la idea, la cual cobra vida propia cada vez que se lo propone. Poco a poco querido amigo he podido cerciorarme de como algo más que la «causalidad» nos ha sentado hoy aquí, el uno frente al otro. Como ya te he dicho hace algún tiempo quedé anonadado de tu brillante «chispa». Morgán, al verme a mí tan sumergido en tus libros se empezó a interesar también y quedó prendada contigo. Ambos intercambiamos posturas y reflexiones comprobando que coincidíamos, y eso que Morgán y yo tenemos gustos e ideas diferentes. Tiempo después de este suceso creé, cogiendo la idea de uno de tus libros, una campaña publicitaria de cómo los niños veían el mundo y por extensión cómo los adultos influíamos en sus vidas permaneciendo en la mayoría de los casos inconscientes. Debo decirte que la campaña ¡fue todo un éxito! Cientos de personas enviaron cartas a la redacción, incluso a mi secretaria, de cómo habíamos cambiado sus vidas mejorando la relación sentimental y educacional con sus hijos. Pero la cosa no termina ahí. Hace un mes, me invitaron a un evento, una fiesta cultural en donde no tenía ni idea de quien acudiría, y he de ser franco contigo, nunca suelo ir a esas dichas reuniones, pero a pesar de que tenía un montón de trabajo acumulado fui, algo me decía que tenía que ir —Luis supo a qué fiesta cultural se refería, concretamente a

la de la noche pasada, Garry sonrió leyendo en la mirada de un atónito Luis—. Y efectivamente como ya sabrás en esa reunión te conocí. ¿Causalidad?

Nuevamente el camarero surgió de la nada, sibilino, sin hacer ningún tipo de ruido con un plato en cada mano. Diestro y rápido, sirvió el primero de «pasta con Salmón» al escritor, pero de repente al ponerle el plato de Garry en la mesa, Luis se quedó blanco como la leche, frío y desconcertado. ¡Peter Garry tenía el mismo plato que él! ¡Pasta con Salmón! Garry no dejaba de mirarle y de reírse, complacido de ver que también se había percatado de la coincidencia. Garry sin dejar de reírse dijo:

—¡Por cosas como esta! Hace tiempo que dejé de creer en las «coincidencias y causalidades». Créeme muchacho, no existe tal cosa, ya lo ves, todo está bien atado.

Luis con la boca aún abierta después de todo lo que acababa de escuchar y de ver, miraba a Garry y al plato de este, y nuevamente a Garry sin dar mucho crédito. ¿Se estaría sugestionando o dejándose embaucar? No era fácil torcer su voluntad o hacerle cambiar de opinión con trucos baratos de palabrería, pero ciertamente el magnetismo de Peter Garry era incuestionable e ineludible. En ese instante sin saber muy bien que decir, contestó lo primero que le pasó por la cabeza.

—Ha dicho que algo más que la casualidad nos ha sentado hoy aquí. ¿Puedo saber qué piensa usted que es?

—No lo sé muchacho, puedes llamarlo de muchas maneras: destino, hado, el Universo, Dios.

—¿Dios? —preguntó un tanto extrañado.

—Bueno, nunca he sido una persona religiosa ni mucho menos, tampoco soy un entendido en la materia, pero pienso que algo o alguien urde todo al margen nuestro, incluso nuestras decisiones, luego llegamos nosotros y creemos que hemos decidido.

—Basándonos en esa teoría «Peter», no tendría que hacer nada nunca, puesto que haga lo que haga todo está decidido. ¿No? —preguntó Luis con un toque bromista y desenfadado.

—Bueno, hay un proverbio árabe que dice: «Confía en Dios y ata tu caballo t*ú* mismo». Pienso que esa es un poco la filosofía —sentenció el viejo zorro con una sonrisa.

—¿Y qué piensa la señora Morgán acerca de las coincidencias? —preguntó el escritor degustando una pinchada de pasta con salmón.

—Bueno, Morgán es bastante «convencional» en esos aspectos. Es una mujer indomable, carismática y virtuosa, pero tiene otras inquietudes frente a preguntas más trascendentales. Por cierto, no te he preguntado. ¿Qué tal te parece el restaurante y la comida? —preguntó Garry interesado, comiendo también de su pasta con salmón. A Luis esa pregunta le pilló con la boca llena tras otra nueva pinchada de pasta, pero raudo, masticó y tragó contestando al interrogante:

—Es un sitio espectacular, y la comida está francamente exquisita, nunca había probado este plato.

—Morgán me trajo aquí en nuestro décimo aniversario. ¡Fue un día fantástico! Desde entonces cada vez que tenemos oportunidad nos dejamos caer por aquí. Siempre reservamos esta misma mesa, en este lugar se han dado cosas importantes, conversaciones cruciales y magníficas —aclaró el publicista mientras continuaba comiendo— del mismo modo que es de suma importancia lo que nos ha reunido aquí hoy —sentenció con una nueva sonrisa.

—Estoy muy de acuerdo en eso —aseguró Luis apurando la copa de vino al tiempo que volvía a saborear otro poco de su plato.

—¿Y qué expectativas tienes muchacho? ¿Qué habías pensado para conquistar al nuevo público que te aguarda al otro lado del charco como se suele decir?

—Bueno, la verdad es que no he pensado nada, supongo que seguir siendo yo mismo.

—¿Conoces algún escritor norteamericano? —preguntó Garry.

—Mmm no muchos, solo los más famosos a nivel internacional:

<sup>2</sup>Edgar Allan Poe, <sup>3</sup>Henry Thoreau, <sup>4</sup>Ernest Hemingway, <sup>5</sup>Stephen King... Aunque hay algunos de Latinoamérica que me encantan.

—Ya veo. ¿Crees que, en el primer caso, podrían compartir entre ellos alguna similitud por ser estadounidenses?

—No, creo que cada uno tiene su estilo. Cada uno de nosotros lo tiene. Pienso que la mejor forma de escribir es ponerse a ello sin pensar demasiado en el «a quién va dirigido».

—¡*Ves!* Tal y como te había dicho, tienes «chispa» —aseguró Garry levantando la copa de vino en señal de brindis, la cual de un sorbo vació. Luis se ruborizó—. ¡Efectivamente eso es lo que debes hacer joven!, no preocuparte de nada. ¡De nada! Y seguir hacia delante como hasta ahora. Disfruta de todo lo que puedas. Aunque debo confesarte que Morgán y yo ya hemos hecho un pequeño planteamiento inicial de cómo podría ser tu puesta en escena.

El escritor se quedó un poco asombrado sin saber muy bien que decir. Los agradecimientos por las molestias que se tomaban aquel hombre y su mujer iban en aumento, y poco a poco Peter Garry, de forma magistral iba haciéndose un hueco en el corazón de Luis, el cual a medida que la conversación avanzaba reflejaba en sus ojos un toque de admiración por aquel hombre. Garry al percibir todo esto tomó la iniciativa diciendo:

—De la publicidad y el trabajo engorroso nos encargaremos tu editorial y yo, tengo muy buenos contactos y hay varias editoriales de confianza con las que poder trabajar, con un par de llamadas será más que suficiente, al jefe de tu editorial le gustará. Morgán hará gala de su don de gentes y correrá la voz entre su círculo de amistades. Con eso y tu derrochante creatividad será más que suficiente —puntualizó Garry mientras rebañaba lo poco que le

---

2. Fue un escritor, poeta, crítico y periodista romántico estadounidense. Reconocido como uno de los maestros del relato corto y recordado especialmente por sus cuentos de terror.

3. Fue un escritor, poeta y filósofo estadounidense. Uno de los padres fundadores de la literatura estadounidense.

4. Fue un escritor y periodista estadounidense, uno de los principales novelistas y cuentistas del siglo XX.

5. Es un escritor estadounidense de novelas de terror, ficción, sobrenatural, misterio, ciencia ficción y literatura fantástica.

quedaba en el plato—. Aunque es crucial que nos reunamos cuanto antes tú, tu editorial y yo para cuadrarlo todo como es debido, ya sabes, fechas, eventos y reuniones culturales. Y sobre todo para cuando tendrás terminado el nuevo libro que publicaremos allí en exclusiva antes que en ningún otro sitio. Eso muchacho generará una expectativa sin precedentes, en menos de ocho meses podría estar todo ultimado a falta del nuevo libro —Luis súbitamente dejó de sonreír, y se quedó con un par de frases de todo el discurso de Garry: «para cuándo tendrás terminado el nuevo libro que publicaremos allí», «en menos de ocho meses podría estar todo ultimado». Garry pudo observar como el semblante del escritor se modificaba, a lo que preocupado preguntó:

—*¿Te ocurre algo muchacho?*

—Mmm no, solo estaba pensando en lo del «nuevo libro» que has dicho —puntualizó.

—*¿Sí? ¿Y qué ocurre con eso?*

—Bueno, hace un par de días que acabo de publicar este último libro, y no sé, no pensé que de tener la oportunidad de finalmente dar a conocer mis libros en Estados Unidos y Latinoamérica tuviera que escribir otro y en menos de ocho meses.

—Bueno, he de decirte que no debes preocuparte, las fechas siempre son aproximadas y relativas, se te puede ofrecer el tiempo que necesites, de eso no tengas duda. Aunque lo que *sí* es conveniente, es lo del «nuevo libro». Mis años de experiencia en la publicidad me han mostrado que los detalles importan. ¡Y de qué manera! Por lo tanto, cuando uno llega, como se suele decir, de nuevas a un lugar ofrecer algo nuevo, diferente y exclusivo para esa ocasión genera un interés especial, algo que sin duda jugará un papel fundamental a tu favor —terció el viejo zorro con decisión.

—Está bien, supongo que la ocasión lo merece. Al fin y al cabo, ha sido lo que siempre he querido, dar el gran salto internacional. El esfuerzo merecerá la pena —aseguró Luis con cierto temor e inseguridad en su interior.

La comida continuó agradable e interesante por varias horas. Luis y Peter Garry hablaron de muchas cosas y, poco a poco, fueron conociéndose el uno al otro. Este continuó disfrutando de la maestría y experiencia de Garry, de sus consejos y de sus fascinantes historias. También, pudo comprobar de nuevo cómo el segundo plato que había pedido, «Res a la Nueva Inglaterra», coincidía a la perfección con el de Garry. Cosa que hizo estallar de risa al viejo publicista.

